

JOAQUÍN MELLADO: *IN MEMORIAM*

Manuel Villegas Ruiz
Académico Correspondiente



Don Joaquín Mellado Rodríguez. Foto F. Sánchez Moreno.

Excmo. Sr. Presidente, Ilustrísimos señores académicos, con su venia pronunciaré unas breves palabras en recuerdo de mi buen amigo Joaquín Mellado.

Poco es si digo que el fallecimiento de Joaquín lo recibí, en su día, como un mazazo en pleno rostro. Me lo habían comunicado amigos del Seminario Conciliar de S. Pelagio. Al principio no podía creerlo. Tuve que leer dos veces la noticia publicada en el ABC. Lo comenté con D. Manuel Peláez del Rosal que me explicó la causa de su muerte.

Joaquín ha sido un amigo querido para mí desde nuestros años en el Seminario Conciliar de S. Pelagio, en el cual los jesuitas que entonces lo

regentaban nos educaron en una dura y férrea disciplina espartana y en valores morales que hicieron de nosotros hombres resistentes a la adversidad, luchadores para conseguir nuestros propósitos, siempre dentro de las reglas de la buena convivencia, la honradez, el sacrificio draconiano y el santo temor a Dios. En esta norma estoica fuimos educados los seminaristas de aquellos años, por ello, todos los que estuvimos en el Seminario entonces les tenemos que agradecer a los jesuitas esa tenaz y dura disciplina que después tanto nos ha servido en todos los órdenes de nuestra vida.

Joaquín era dos cursos inferiores al mío. Yo ingresé en el Seminario en el curso 1953-54 y él en el 1955-56, o sea dos años después que yo. Era pequeño, nervioso, muy inquieto e inteligente. Lo recuerdo corriendo por uno de los dos patios que entonces había en el Seminario como un ratoncillo que no se podía estar quieto. Su babi de color gris oscuro lo distinguía entre el resto de los compañeros.

Normalmente, aunque perteneciésemos al Seminario Menor, los de cursos superiores no teníamos mucho trato con los de los inferiores, sin embargo entre Joaquín y yo surgió una empatía que originó amistad duradera y firme que ha perdurado durante nuestra vida. Después mientras yo cursaba la carrera de Filosofía y Letras, lo tuve, con gran satisfacción para mí, como profesor de Latín. Podría referir alguna que otra anécdota, pero la modestia me pide que guarde silencio. Lo que no es óbice para que relate una que me ha mencionado un compañero suyo de curso que, ya en el Seminario Mayor, ejercía de enfermero. Me ha contado lo siguiente:

A Joaquín lo recuerdo con mucho cariño y nostalgia, cada vez que necesitaba de mis servicios, siempre me decía: «Serrano yo haré lo que tú me digas». Se expresaba con una gran humildad, cuando todos conocíamos su gran talla intelectual y humana que siempre procuraba ocultar. Lo llevaré siempre en mi corazón.

Cuando terminé la Licenciatura Joaquín me propuso que me agregara al Departamento que dirigía, pero el estipendio que entonces proporcionaba la Universidad era del orden de cuatro o cinco veces menor al que yo percibía en la empresa en la que trabajaba, en la que ingresé por oposición en el año 1964, y que, posiblemente, fuese la que mejor retribuía a sus empleados en España. Aquí viene el dicho de *primun vivere deinde philosophare*. Tenía que proporcionar el sustento necesario a mi esposa y a mis dos hijos, entonces muy pequeños.

Joaquín era un magnífico experto y estudioso del Latín medieval al igual que su profesor y maestro D. Juan Gil, materia sobre la que llevó a cabo múltiples estudios y publicaciones. Aún conservo en mi archivo particular el ejemplar de la edición crítica y la traducción que realizó del Fue-

ro de Córdoba, que, con una dedicación especial, me regaló en nombre de nuestra amistad.

No nos veíamos todos los días ni falta que nos hacía, pero sabíamos que cuando nos necesitásemos, bien él, bien yo, respondíamos prontamente al requerimiento que nos hiciésemos. Tanto es así que me prestó el birrete y la muceta para mi investidura como Doctor, o sea, recurría a él cuando tenía alguna dificultad que sabía que él podría solventarme.

Últimamente Joaquín me dio muestra de su acendrada amistad cuando lo llamé por teléfono para pedirle que me apadrinase en mi petición para ingresar en la Real Academia de Córdoba. Cuando me oyó, simplemente me dijo: «Manolo, dalo por hecho». Este ha sido Joaquín para mí, un muy buen amigo con una acrisolada amistad forjada desde nuestra niñez.

Por su bonhomía, sencillez y calidad humana, creo que el Padre Eterno lo tendrá entre sus elegidos.

¡Dios sea contigo, Joaquín!



